

Eugenio Trías

La filosofía y su sombra



© Archivo del CEFET (Centro de Estudios Filosóficos Eugenio Trías)

Eugenio Trías (Barcelona, 1942-2013) es, sin duda, uno de los filósofos españoles más relevantes del siglo xx y principios del XXI y el único pensador español distinguido con el premio Internacional Friedrich Nietzsche, concedido a la trayectoria global de un filósofo. Tras cursar estudios de Filosofía en España y Alemania, fue profesor en distintas universidades, y desde 1992 ocupó la cátedra de Historia de las Ideas de la Facultad de Humanidades de la Universidad Pompeu Fabra. En esta misma universidad, en el año 2015 se creó el Centro de Estudios Filosóficos Eugenio Trías (CEFET) que alberga su biblioteca y archivo personal y que vela por la difusión de su obra. Eugenio Trías llevó a cabo una profunda reflexión sobre la condición humana, del hombre como habitante del límite, en ese espacio fronterizo entre el ser y la nada, lo divino, lo sagrado y lo trascendente. Todo ello lo divulgó en una ambiciosa producción de más de cuarenta títulos, entre los que destacan: *La filosofía y su sombra* (1969), *Drama e identidad* (1973), *El artista y la ciudad* (1976, premio Anagrama de Ensayo), *Tratado de la pasión* (1978), *Lo bello y lo siniestro* (1983, premio Nacional de Ensayo), *Los límites del mundo* (1985), *Ciudad sobre ciudad* (2001) y la trilogía que consagró a su «teoría del límite»: *Lógica del límite* (1991), *La edad del espíritu* (1995, premio Ciudad de Barcelona) y *La razón fronteriza* (1999). Entre sus últimas obras destaca su díptico musical: *El canto de las sirenas* (2007) y *La imaginación sonora* (2010), que obtuvo una extraordinaria acogida por parte de crítica y público. Su libro póstumo, *De cine. Aventuras y extravíos* (2013), supone su particular homenaje al séptimo arte, una de las pasiones –junto a la música y, naturalmente, la filosofía– que lo acompañó durante toda su vida.

Galaxia Gutenberg está llevando a cabo la recuperación de algunos de los títulos indispensables dentro de la amplísima bibliografía de Eugenio Trías: *El hilo de la verdad* (2014), *Pensar la religión* (2015) y *Vértigo y pasión* (2016).

En 2018 Galaxia Gutenberg también publicó una compilación de los textos del autor en prensa titulada *La funesta manía de pensar*.

En la contraportada de la primera edición de este libro, publicado en 1969, se anunciaba que estábamos ante un texto que «daba una respuesta a la vez rigurosa y polémica al problema de la naturaleza del discurso filosófico». Se trataba de la primera obra de Eugenio Trías, que a sus 26 años abanderaba la filosofía de una nueva generación.

Saludado el libro por la crítica como un extraordinario acontecimiento en el terreno filosófico y cultural de nuestro país, los tres tratados que lo componen se proponían habilitar el método estructuralista en el dominio de la filosofía y de su historia. Y para muchos, propiciaron una apertura a lo irracional o lo lúdico en la que se anunciaba ya la inminencia del «neonietzscheanismo», en tanto que, por primera vez en mucho tiempo, se tomaba en consideración el pensamiento de Nietzsche en términos elogiosos.

«Es probable que *La filosofía y su sombra* sea uno de mis mejores libros ya que salía del cascarón con jovialidad y fuerza, sin el pesado lastre que las experiencias negativas nos van dejando. No heredaba ningún karma. Era un libro impertinente, animoso, lleno de mordacidad y de vigor, escrito en un estilo punzante que aún ahora me provoca y asalta con su sorprendente ironía y con su humor ácido y subversivo.»

EUGENIO TRÍAS

La filosofía y su sombra

Prólogo de
Miguel Morey

Epílogo de
Rosa Regàs

Galaxia Gutenberg

Publicado por
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona

info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Edición en formato digital: mayo de 2019

© Herederos de Eugenio Trías, 2019

© del prólogo: Miguel Morey, 2019

© del epílogo: Rosa Regás, 2019

© Galaxia Gutenberg, S.L., 2019

Conversión a formato digital: Gama sl

ISBN: 978-84-17747-58-9

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación

de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, aparte de las excepciones previstas por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra

(www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

Índice

Prólogo: Barcelona, año 1969

Introducción a la segunda edición

I. LA FILOSOFÍA Y SU SOMBRA

1. Del anatema al diálogo

2. Método

3. La filosofía y su sombra

Conclusión

II. ESTRUCTURA Y FUNCIÓN DE LA FILOSOFÍA

1. La filosofía, semáforo del saber

2. Filosofía y bautismo del saber

3. Las filosofías

4. La guerra de todos contra todos

5. Función policíaca de la filosofía

6. El no-saber

7. «Experimentum crucis» de la filosofía

8. Funciones de la escisión

9. Sabiduría y «saber científico»

10. La estructura «saber/no-saber»

11. La cultura occidental

Conclusión

III. LA FILOSOFÍA SIN EL HOMBRE

INTRODUCCIÓN

1. El problema

2. El modelo

PRIMERA PARTE: PROMOCIÓN

1. El triángulo epistemológico (Rep. 507 a-509 c)

2. Las luces de la razón

3. Oscuridades de la razón

4. El «giro copernicano»

5. Aparece el hombre

SEGUNDA PARTE: HEGEMONÍA

1. Consumación del giro copernicano
2. Antropología filosófica
3. La dialéctica
4. Las ciencias humanas

TERCERA PARTE: OCASO

1. Una senda perdida
2. Hacia una nueva constelación
3. El inconsciente como «incondicionado»
4. Los despistes del sujeto

CONCLUSIÓN

Epílogo

Prólogo: Barcelona, año 1969

La filosofía y su sombra se publicó originalmente en 1969. En su primera edición, se anunciaba en la contraportada como un texto que daba «una respuesta a la vez rigurosa y polémica al problema de la naturaleza del discurso filosófico». Se trataba del primer libro de Eugenio Trías, quien era presentado como profesor de Filosofía de la Universidad de Barcelona y presidente de las Convivencias de Filósofos Jóvenes; y de quien se informaba que estaba trabajando en una tesis doctoral sobre Lévi-Strauss y preparando otros tres ensayos.¹ Eugenio Trías tenía por entonces veintiséis años, y lo que se proponía era «habilitar el método estructural en filosofía», cuya aplicación debería permitir «desgajar aquella estructura y función de la filosofía occidental que permanece invariable a través de su aparente historia, desde Parménides hasta Carnap». Sabemos que en su primera versión, el libro estaba compuesto por el segundo y tercer texto de la edición definitiva («Estructura y función de la filosofía» y «La filosofía sin el hombre», respectivamente) a los que se le añadió una primera parte introductoria, más breve («La filosofía y su sombra»), por razones editoriales. El segundo texto era considerado como el troncal del libro; allí «se elevaba a categoría» una anécdota constantemente repetida en los debates filosóficos contemporáneos, el enfrentamiento entre la observancia heideggeriana y los voces del cientificismo, tanto neopositivistas como lógico-analíticos. Años más tarde, Trías lo recordará así: «Me hastiaban tanto unos como otros. Yo quería cortar por la tangente e inaugurar una tercera vía. Al igual que el Platón maduro, deseaba trascender tanto a los “amigos de la Materia”

como a los "amigos de las Formas". Ni el positivismo lógico me convencía, ni tampoco la metafísica escolástica más o menos remozada con prótesis "existencialistas". Tomaba como punto de partida de mi principal ensayo ("Estructura y función de la filosofía") el célebre texto de Carnap sobre la *Superación de la metafísica desde el análisis lógico del lenguaje*. Pero ese texto no era asumido por mí. Lo tomaba como un "documento etnográfico": ¡Como si fuese un papiro descubierto en una civilización extraña, arcaica, completamente ajena a mi propio mundo de vida! Tomaba ese texto como "mito de referencia" (por usar la terminología de Lévi-Strauss). Y, de pronto, lo universalizaba, lo usaba como punto de apoyo para formular una teoría general relativa a una posible "estructura elemental" de todo discurso filosófico». ²

Conviene tener presente la importancia que tuvo en su momento la impugnación de Heidegger por Carnap: el campo entero de la reflexión filosófica quedó severamente polarizado a partir del escarnio que Carnap arroja sobre la sentencia heideggeriana «*Das Nichts... nichtet*» («La nada... nadea», según su versión más chusca), en tanto ejemplo privilegiado de pseudo-proposición (metafísica) carente de referencia verificable, y por tanto de significado. Hay que añadir que por entonces, en 1968, esta polarización acababa de actualizarse en el ámbito universitario nacional con la publicación por parte de Manuel Sacristán de un panfleto con el título de *Sobre el lugar de la filosofía en los estudios superiores*, en el que se abogaba por su desaparición, en la medida en que no entrañaba ningún saber sustantivo. El que Sacristán fuera, además de científico, un notable teórico del marxismo y notorio militante comunista, venía a complicar notablemente las cosas. Con el tiempo, Eugenio Trías reconocerá que se había permitido polemizar de forma crítica con el «gran gurú de aquella izquierda de entonces» en varios momentos del libro. ³ Un año después, en

1970, el opúsculo de Sacristán sería objeto de una réplica apresurada y vehemente por parte de Gustavo Bueno, catedrático de Fundamentos de Filosofía e Historia de los Sistemas Filosóficos de la Universidad de Oviedo, con lo que se inició una polémica en toda regla sobre la llamada *cuestión alfa*, es decir, sobre el estatuto del discurso filosófico y su encaje institucional. El tema se convirtió en crucial en aquellos tiempos tan agitados, fue como una llamada a tomar conciencia de cuál era el espacio de reflexión y de trabajo que se llamaba Filosofía. Los ecos de aquel debate recorrieron durante bastante tiempo todo el panorama universitario.

La filosofía y su sombra se publica justo la víspera del estallido de esa polémica, y lo hace apostando por una tercera vía, nacida de la aplicación de una mirada etnológica (o estructural, si se prefiere) al campo de la tradición filosófica. El título del libro recogía la idea-fuerza que guiaba la reflexión. «Y es que la filosofía era siempre, desde Parménides a Carnap (y desde luego en Platón, en Descartes o en Kant), el semáforo del saber. Permitía circular éste; y definía, siempre de forma cambiante (según las condiciones epistémicas de cada época) lo que debía entenderse por no-saber».⁴ El gesto primero del libro era, pues, éste: ante el problema, ante el dilema, remontarse al campo de su condición de posibilidad, en donde se hace inteligible; construir el campo trascendental que permite disolver los dilemas, remontándolos... La primera sección del libro lleva precisamente por título «De la anatema al diálogo».

Sin duda la publicación de *La filosofía y su sombra* fue un hito que, con el tiempo, llegaría a tener una notable relevancia cultural, pero también, a pequeña escala, en el ámbito de los intereses cotidianos de quienes por entonces estudiábamos Filosofía en la Central de Barcelona, significó, de entrada, aire fresco en un ambiente muy enrarecido.

Aquel año empezó convulso; el 17 de enero de 1969, al término de una concurrida asamblea de estudiantes, se produjo el asalto al Rectorado, en el edificio histórico donde estudiábamos; se sucedieron escenas muy violentas y un grupo de estudiantes acabó arrojando el busto de bronce de Franco por la ventana.⁵ Por la tarde del mismo día, el Gobierno Civil decretaba el cierre de la universidad *sine die*, y comenzaban las detenciones en buena parte de los distritos universitarios. El mismo día, en Madrid, era detenido Enrique Ruano, estudiante y miembro del FELIPE (Frente de Liberación Popular), que moriría defenestrado por la Brigada Político Social tres días después... Se comprenderá que en aquellas condiciones a los estudiantes se nos hacía a menudo muy difícil conversar entre nosotros de temas filosóficos, porque quedaba lejos la filosofía «pura». Habíamos ingresado en una institución doctrinaria, y nuestros argumentos en contra del sistema también eran doctrinarios. Incluso fuera del régimen escolar de las asignaturas y el escepticismo académico consiguiente, el pensamiento vivo que circulaba en acción entre nosotros se veía de continuo obstaculizado, sea por la obligación de carearse con algún tipo de cientificismo, o bien por tener que identificar su posición ante el porvenir de la revolución; y demasiado a menudo los marxismos se comportaban como catecismos y el positivismo no era sino reduccionismo contable. Demasiado a menudo era éste el contexto para quienes estudiábamos Filosofía en aquellos tiempos, y fue en ese contexto en el que la publicación de *La filosofía y su sombra* vino a incidir directamente. Y de un modo especialmente oportuno, porque comenzaba por desplazar el dilema racionalismo/irracionalismo con el que topaban continuamente las reflexiones que tratábamos de llevar adelante (y a todos los niveles, tanto en el diálogo interior de cada cual consigo mismo, como en nuestras conversaciones o en las asambleas también), éste fue su primer efecto pienso ahora, todo lo limitado que se quiera en sus alcances (de hecho,

hasta que no se produzca la progresiva desmilitarización del pensamiento universitario con el fin de la dictadura, la recepción de su trabajo no se normalizará), pero para unos cuantos de nosotros la posibilidad de esa diagonal o tercera vía tuvo entonces una gran importancia, a muy diferentes niveles, como por ejemplo, hacer que nos fuera mucho menos difícil leer a Nietzsche como es debido, escuchando lo que realmente dice...

En *La filosofía y su sombra*, la existencia posible de esa tercera vía se vincula explícitamente con el estructuralismo, entendiendo por tal la línea de pensamiento que conduce de Lévi-Strauss hasta Foucault. «Mi descubrimiento de la literatura estructuralista fue, a este respecto, el hallazgo de una providencial y venturosa “tercera vía” entre la gazmoñería humanística de la literatura piadosa o beata de los marxismos y existencialismos de entonces, y la cínica y banal liquidación de toda verdadera cuestión filosófica que proponían los anglosajones analistas o positivistas. La cuestión relativa a la condición humana, y al *sujeto* que pudiera dar sentido a ésta, era, y sigue siendo, el problema primero y último de toda filosofía. Era necesario plantearla con radicalidad, aun arriesgando a que arrastrara en su caída todos los conceptos disponibles de lo humano y de lo divino, de la sustancia y del sujeto.»⁶

La tercera parte del libro, «La filosofía sin el hombre», está dedicada al dibujo de esa tercera vía, de Lévi-Strauss a Foucault. Podría decirse que es un recorrido a través de la problemática que Foucault establece en *Las palabras y las cosas*, y en particular en el último capítulo. Pero con una diferencia de importancia en su mismo punto de partida, porque quien narrará ese itinerario ahora será la filosofía, y hablará de lo que a ella le ocurre al trazar ese recorrido. Basta reparar en el papel que ocupa en el relato la antropología filosófica para que quede manifiestamente de relieve su distancia respecto de los intereses de Foucault. Y de rechazo, para que se ponga de manifiesto en cambio su sintonía

con un cierto magma larvario en favor de la antropología filosófica como ámbito académico específico que por entonces estaba en fase de expansión.⁷

El cierre de la universidad por orden gubernativa se suplió con multitud de clases, seminarios y reuniones organizadas en lugares muy variopintos, impartidas por profesores o miembros adscritos a los diversos departamentos, también por estudiosos e intelectuales represaliados por el franquismo. Creo que fue en el transcurso de alguna de estas clases o en el trasiego que las rodeaba cuando conocí a Eugenio. Con algunos colegas habíamos comentado su libro,⁸ y, seguramente debía de ser por esas fechas, habíamos hablado incluso de acercarnos hasta la Autónoma donde al parecer daba clases; aunque era complicado, la Autónoma pillaba muchísimo más lejos entonces, y finalmente no pudo ser. Confiábamos en escucharlo justo antes de Semana Santa, en las Convivencias de Filósofos Jóvenes que debían celebrarse aquel año en Montserrat: en la convocatoria anterior había resultado elegido Eugenio como presidente (y como tema «La Comunicación»). Al parecer el revuelo de las Convivencias anteriores había sido notable. Y es que, en su origen, las Convivencias habían sido ideadas desde el Ministerio de Educación Nacional con el fin de servir de cancha de rodaje a los profesores jóvenes de las diferentes cátedras. Pero el que tanto la elección del presidente, como el lugar o el tema fueran decididos cada año por los participantes mediante votación hizo que pronto comenzara a independizarse de cualquier tutela oficial y a existir de un modo cada vez más autónomo, espléndido buque fantasma que todavía perdura a día de hoy. Y si hubiera que señalar un primer umbral decisivo en esta ruptura (hay un segundo umbral, evidente, en 1975), el mero listado de los temas a debatir en cada reunión nos señala un salto palma-

rio. El año 1967 se celebra en Alcalá de Henares, con el tema «El problema de Dios en la filosofía actual». Al año siguiente, en el Escorial, el tema es «Filosofía y ciencias humanas»; estamos en abril del 68, y allí es donde eligen a Eugenio presidente.

En *El árbol de la vida*, recuerda su intervención en Alcalá de Henares con estas palabras: «Para mí esa conferencia fue muy importante; experimenté al escribirla el asombrado descubrimiento de mi propio estilo, y de todas las potencialidades que poseía. Debería, en el futuro, pulimentar, podar, corregir, mejorar y perfeccionar lo que allí, de pronto, irrumpía torrencialmente de forma primeriza, primaveral. Pero el magma de creación se hallaba al fin a mi disposición. O al menos fue entonces, en la redacción del texto de esa conferencia, cuando lo logré reconocer. Ya en mi "tesina" podía entreverse aquí y allá (especialmente en algunos pasajes finales que, para enfatizarlos más, los puse de modo absurdo e inapropiado en letras mayúsculas). Pero en esta conferencia era algo más que una remota posibilidad; era una efectiva *promesa*. Pero además esa conferencia, en su argumentación, me planteaba un importante problema *de fondo* al cual en el futuro debía consagrarme».⁹

Cuando comienza su andadura intelectual con *La filosofía y su sombra*, Eugenio cuenta en su haber con estos dos textos básicamente: en primer lugar, su tesis de licenciatura, *Alma y Bien según Platón*, defendida en la Universidad de Barcelona en 1964. Y luego el texto de su conferencia de Alcalá, «De la conciencia desventurada al humanismo existencial». La huella de su tesina queda magníficamente representada en las páginas que siguen, con la lección de epistemología platónica que da comienzo a «La filosofía sin el hombre», una espléndida lectura de un par de páginas del Libro VI de *La República* de Platón. Y por lo que hace a su conferencia de Alcalá, podría decirse que *La filosofía y su sombra* se levanta en buena medida sobre las ruinas de su demolición. En la conferencia de Alcalá, Sartre era la fi-

gura en la que la conciencia desventurada encontraba su desenlace, un desenlace trágico. «La conciencia desventurada obtiene al fin, con Sartre, aquello que reivindicaba: ser tematizada “tal cual”, sin enchufarla a ningún “Ente”, a ninguna “res” que la soportara. Al soportar a sí misma como negación de todo soporte ha comprendido el carácter pírrico de su victoria. No vive ya la desventura; pero su existencia misma se hace insoportable [...], como enfermedad endémica irremediable debida al carácter reflejo de la misma negación que es, que se ejerce irremediablemente consigo misma».¹⁰ Ahora, tras su descubrimiento de la literatura estructuralista, la figura de Sartre se limita a ser un ejemplo con el que mostrar el proceder y la eficacia del método que se defiende (así, se concluirá: «El primero y el segundo Sartre son, ni más ni menos, las dos elecciones posibles de un sistema que posibilita dos opciones»);¹¹ o aparece como autor de uno de los nombres con los que se caracteriza aquello que se opone a la subjetividad, la realidad objetiva, «como “en sí” que la existencia humana está llamada a “destotalizar” o “nihilizar”, arrancándole el sentido del que de suyo carece».¹²

La celebración de las Convivencias de Filósofos Jóvenes de aquel año 1969 en Montserrat se presentaba como hartamente improbable, sin embargo. Pocos días después del cierre de la universidad, se promulgó el Decreto-ley 1/1969, de 24 de enero, «por el que se declara el estado de excepción en todo el territorio nacional», y nuestra red de clases pasó automáticamente a la clandestinidad.¹³ El siguiente recuerdo de entonces es estar cenando con Eugenio, media docena de colegas, estudiantes como yo, conversando sobre filosofía y sobre su trabajo. Ni siquiera recuerdo bien cuándo fue la primera vez, porque en adelante repetimos las cenas bastantes veces, insistiendo en el rito platónico del ban-